



LENGUA FRANCESA Y DERECHO

LO PERTENECIENTE A LETE:

SOBRE DERECHO Y MEMORIA¹

BJARNE MELKEVIK

Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Laval (Quebec)

(Traducción: Laura Ospina Mejía)

¡Con frecuencia y por encima de todo es necesario dejar algo a *Lete*, o simplemente al Olvido! En efecto, los diferentes debates sobre una eventual e hipotética obligación individual o colectiva (o incluso nacional) de “Memoria” –y la sedimentación de ésta en un “Derecho-Ético” impropio- nos deja regularmente desconcertados o cuando menos pensativos. ¡Retener todo! ¡Memorizar todo! ¡Mantener todo, como las letanías, en una lógica obligatoria en la que la historia (es decir, el deber narrativo que la reemplace) es supuesta, por magia; nuestro legar, imponer “memorias” que no hemos tenido ni vivido jamás! ¡Incluso con otras palabras, promover, en heteronimia, la puesta en marcha de una ética de la memorización que designa, explícita o implícitamente, a alguien como agresor y a otro como víctima, a alguien como amigo (de la verdad, de la justicia, del bien, etc.) y a otro como enemigo (invasor, ocupante, opresor, colonialista, etc.)!

La cuestión de saber si es necesario imponer una ética obligatoria bajo la etiqueta de un “deber de memoria”, o en tanto que “fundamento” ético por construir (o reconstruir, soldar, respetar, etc.) la Nación, la cooperación, el contrato “social”, la representatividad, la transición, la justicia, los mártires, y así lo demás, ¿no es acaso absurdo? Si se trata, como lo defienden sus partidarios, de reemplazar un mito etnocéntrico de la fundación de la Nación por un nuevo mito (y presupuesto) generoso, inclusivo, abierto, etc., de una nueva memoria (pretendida) “común”, la que desde ahora, en una significación “ética” (entiéndase de teología

¹ Artículo publicado En “La memoire, entre silence et oubli”, bajo la dirección de Stamatios Tzi-tzis, colección inter-sophia. Les Presses de l’Université Laval, Quebec, 2006.

laica), debe ser comprendida como “refundación” de este mismo Estado-Nación, de la sociedad, del derecho-ético, y en general de todo, tal idea nos parece que se ha impuesto con fuerza. Y si todo esto debe aproximarse al mundo jurídico, a un “derecho” cualquiera, o simplemente al “Derecho-Ético” que lo reemplace, ¿el llamado “derecho” no se convierte entonces, a su turno, en un elemento mismo de esta “verdad”, de esta “ética o simplemente de la nueva mitología en boga?

En cuanto concierne a nosotros, abogamos firmemente por el “no”. Simplemente rechazamos esa “obligación de memoria” y este rol ingrato e insignificante que los partidarios de estas posiciones atribuyen, ilegítimamente, al derecho. En consecuencia, lejos de cualquier “ética”, “obligación” u otro deber de memoria, consideramos que es indispensable volver a la tierra. Es necesario sobriamente examinar y comprender que toda cuestión del “pasado” (es decir, falsamente teorizado como “memoria”) depende ahora de una elección democrática y que la democracia, es beber en la fuente de Lete, del Olvido. Y esto por lo demás, se hace con mayor frecuencia, hasta no dejar una sola gota en el fondo de la copa. Se trata entonces de la especie de un “no” que defiende que la evaluación del “pasado”, ya sea feliz o “desdichado”, debe pasar, en aquello que concierne a un “nosotros” político y jurídico, bien sea por la ciencia historiográfica o por el espacio público. En cuanto concierne a este último, no existe simplemente el “deber”, la “obligación”, etc., sino solo la toma de posiciones democráticas que nos sirven, eventualmente, para construir museos, estatuas, o a seleccionar nuestra “enseñanza” pública. La democracia es, en este sentido, afortunadamente fuerte, es el sepulturero de todo “pasado” (o impropriamente: “memoria”); es el vivo quien entierra al muerto (la “memoria”), para poder vivir libre, sin fantasmas “éticos”.

Con el fin de defender esta posición, comenzaremos en primer lugar por una precisión filosófica en cuanto a la cuestión de Lete y de Mnemosina, para luego examinar críticamente la reivindicación ética de un “deber de memoria”, y, en fin, la proposición que hace de la democracia el antídoto indispensable contra los discursos de la ética de la memoria.

LETE O MNEMOSINA (EL OLVIDO O LA MEMORIA)

Lejos de nosotros está la idea de hacernos pasar por helenistas. No obstante, en la medida en que la noción de “Lete” (como la de Mnemosina), nos viene en efecto de la mitología griega, se justifica una incursión en ésta como asunto de filosofía.

Recordemos por tanto, que según la mitología griega llamada “olímpica”, Lete (o Leteo) era uno de los cinco ríos del Hades², el reino de la muerte. En efecto, una vez que el difunto desciende al mundo de los muertos, su alma vaga

² Los otros ríos son: Aqueronte, Cocito, Flegetone y Estigia.

sobre los ríos del Estigia y ella ronda por la eternidad si Caronte, el barquero, no viene a transportarla a la otra rivera. En la travesía, este último no deja de exigir del difunto que él (o ella) beba –durante o al final del viaje el agua de Lete que tiene la virtud de borrar toda la memoria para siempre³. El agua de Lete simplemente asegura el olvido para siempre, por la eternidad, y si sucede que un alma vuelve al mundo de los vivos, no existe ninguna memoria de lo que ella ha sido o de lo que ha vivido.

Como los viejos griegos generalmente personifican sus mitos, se adiciona aquí la transformación de Lete en hija de Eris (es decir, la “discordia”, la “lucha”), y subsecuentemente la pequeña hija de la “Noche”, y sobre todo ella misma como diosa- divinidad del Olvido⁴. Otras versiones hacen de Lete la hermana de Thánatos (es decir, la Muerte), con quien Zeus dio a luz las Gracias (en griego, Khárites).

Según la mitología órfica, que tuvo una relación especial con el mito de Lete, pues ella era también la madre de Dionisio o Dionisos, Lete se asoció a las fiestas órficas (y bacanales) bajo el oficio del “olvido”. En efecto, son dos religiones helénicas distintas que se mezclan aquí, de un lado, la religión “olímpica” (que representa en sus frescos los nombres de Dionisio, Lete, etc.), y, por otro lado, una religión, más antigua, llamada “órfica”, que se vincula a la naturaleza, a la fecundidad, a la cosecha, al hombre como resultado de la explosión divina.

Abordemos el tema profundizando en la versión órfica. La primera cosa que el difunto ve una vez que atraviesa el Estigia, es la fuente de Lete, bajo un ciprés blanco. Teniendo sed, el difunto se aproxima, bebe y sufre, por la eternidad, el efecto del olvido. De ahí la recomendación órfica que exhorta a los iniciados en sus misterios a desviarse de Lete para beber en la fuente de “Mnemosina” (la “memoria”) y obtener por esta vía la inmortalidad. Como lo exige la religión Órfica, es necesario:

³ De ahí el símbolo del “juramento del Estigia” que nosotros reencontramos en Hegel, Fenomenología del Espíritu; “El espíritu, manifiesta, hunde las raíces de su fuerza en el mundo inferior; la certidumbre popular, segura de ella misma y asegurándose a sí misma, solo tiene la verdad de su juramento, que une a todos en uno, en la subsistencia inconsciente de todos, en las aguas del olvido”. Citado por Ernst Bloch, *Droit naturel et dignité humaine*, Paris, Payot, 1976, p. 127). Bloch da –idem en las páginas 126-136- una contemplación muy personal sobre este « juramento » (o “contrato social”) de la muerte.

⁴ Hesíodo. *Teogonía-Los trabajos y los días- Le bouclier*, Paris, Les Belles Lettres, 1928, p 39 (Théogonie n° 227). “Y la odiosa Lucha, ella, infanta Pena la dolorosa, - Olvido, Hambre, Dolores lacrimosos,- Enredos, Combates, Asesinatos, Matanzas, -Querellas, Palabras mentirosas”. Cfr. Jacques Deautels. *Dieux et mythes de la Grèce ancienne*, Québec, Les Presses de l’Université Laval, (1988) 1999, p. 596 (que trae un cuadro explicativo de los «hijos de la Noche »).

“De la Memoria he aquí la tumba.
 Cuando venga el tiempo de tu muerte
 Tú te dirigirás sobre la imponente morada de Hades
 Tú verás allí sobre la derecha una fuente.
 Y muy cerca de ella un blanco ciprés
 Donde las almas de los muertos vienen a refrescarse.
 No te aproximes a estos lugares.
 Al frente tú encontrarás el agua fresca que brota
 Del lago de la Memoria custodiado por guardianes.
 Ellos te preguntarán gravemente
 Sobre lo qué vienes a buscar en la noche del Hades.
 Diles: yo soy el hijo de la pesada Tierra y del Cielo estrellado.
 La sed me consume y muero. Dadme rápido
 El agua fresca que brota del lago de la Memoria.
 Y ellos tendrán piedad de ti y te permitirán
 En nombre del Dios que reina bajo la tierra
 Beber en la fuente de la Memoria.
 Y sobre la vida sagrada tú reencontrarás la gloria
 De los otros iniciados de Dionisos”⁵.

Se trata aquí de una inscripción de una “hoja de oro”, encontrada durante una excavación arqueológica, que ha seguido a un difunto en su tumba con el fin de disciplinarlo y de recordarle cómo actuar una vez que atraviere la rivera del Estigia. El iniciado, por el conocimiento órfico, simplemente sabe qué hacer para evitar el Olvido. Dos aspectos deben en consecuencia ser clarificados: Lete, en primer lugar, como el contrario de la Memoria (“Mnemosina”), y luego, el sentido de retorno del “difunto”, el muerto, el iniciado triunfante, a la sociedad de los vivos.

En la versión órfica, constatamos que, en efecto Lete está reservada al común de los mortales. El elegido, el iniciado, el inmortal, no padece la suerte común del olvido; él puede por el contrario, aspirar a convertirse en omnisciente, en poseer toda “memoria” de todo tiempo, y esto en tanto que hombre privilegiado por encima de toda la humanidad. Para escapar a la suerte ordinaria de la humanidad, ¡bastaría dominar la sed! En efecto, una de las primordiales lecciones de las secas órficas de la antigua Grecia consistía en preparar, a iniciar los “elegidos”, por medio de ejercicios intelectuales y espirituales, para resistir la sed y la tentación

⁵ Ver Jacques Lacarrière (dir.), *Orphée. Hymnes et Discours sacrés*, Paris, Imprimerie nationale éditions, 1995, p 233 (texto en griego p 232), cfr otras versiones/fragmentos de este mito en las páginas 227 -231. Ver Anne-France Morand, *Études sur les Hymnes orphiques*, Leiden, Brill, 2001, p 223-224; Janko, “Forgetfulness in the Golden. Tablets of Memory”, *Classical Quarterly*, vol. 78, 1984, p 89-100; J. Rudhardt, “Mnemosine et les Muses”, en J.-C. Basset y P. Borgeaud (dir.), *La mémoire des religions*, Genève, 1988, p 37-62.

de beber en la fuente de Lete. En un espíritu enteramente “gnóstico”, las sectas órficas enseñaban que sus miembros podían (por los ejercicios y las “iniciaciones” aprendidas) adquirir la fuerza y la astucia espiritual necesarias para eludir, evitar, “engañar” a Lete y para avanzar hacia la otra fuente de “Mnemosina” (es decir, la Memoria) y adquirir la omnisciencia.

Es gracia a esta omnisciencia “gnóstica” que el elegido, ahora superhumano, puede nuevamente pisar el suelo de los vivos. Porque si se bebe en las aguas de Lete, es estar verdaderamente muerto para siempre; beber, a la inversa, de la “Mnemosina”, es revivir, devenir eterno y depositario de toda “memoria”, de todo “conocimiento”. Y anticipándonos a nuestras conclusiones, ¿acaso no podemos desde ahora percibir cómo, por la dialéctica de la puesta en escena de Lete y de Mnemosina, es la vida de los individuos la que se borra en beneficio de los iniciados, su “saber” omnisciente y la necesidad que ellos nos gobiernen y nos impongan su “deber de Memoria”?

Al profundizar el segundo aspecto de esta mitología, constatamos que la elección que se abre entre Lete y Mnemosina tiene menos importancia para el mundo de los muertos que para el de los vivos. Aquel hombre o mujer, que ha bebido de la fuente de Mnemosina no muere como un hombre o una mujer ordinarios puesto que, habiendo resistido a Lete y habiendo obtenido la omnisciencia tan deseada, él o ella ya no pueden ser alguien del común. Aquél se ha convertido en un verdadero Elegido, el Sobrehumano, el Perfecto, quien desde ahora posee toda la “memoria”. Porque desde ahora Mnemosina, la “memoria” no existe propiamente sino como verdaderamente dada en él, es él. Muerto otra vez o vivo hoy, el Elegido es propiamente la Memoria, aquel que dispone e impone la Memoria que posee. Y una cosa importante, nadie puede disputar, interrogar, dialogar, o discutir la omnisciencia así obtenida. El elegido ha alcanzado simplemente el estatus de semidios entre los humanos y el privilegio de utilizar la “memoria” y de imponerla a otros. ¿Y quién, entre los simples mortales, puede, sobre este plano, discutir, relativizar ese “deber de memoria” y dialogar con él?

Sin derivarse de la religión órfica, es revelador el hecho que la más grande obra de Platón, *La República*, remata con la esperanza, la estrategia, de engañar a Lete en beneficio de Mnemosina:

“Y he aquí cómo, Glaucón, esta historia (de Lete y de Mnemosina: BM) no está perdida, sino que ha sido preservada. Ella podría también salvarnos a nosotros mismos, si nos persuadimos de ello, porque nosotros cumpliríamos entonces una travesía feliz del río de Lete, y nuestras almas no sufrirían ninguna mancha. Porque si estamos convencidos de mi discurso, nosotros creeríamos que el alma es inmortal y que ella es capaz de afrontar todos los males, capaz también de acoger todos los bienes, y siempre nos uniríamos al camino que llega a lo alto, y

nos dispondríamos a realizar la justicia de todas las maneras con la ayuda de la razón. Así, seremos amigos de nosotros mismos y también de los dioses, durante nuestra permanencia en la tierra así como después, cuando el tiempo de la justicia venga de recolectar los triunfos de la justicia, al instar de estos atletas victoriosos que desfilan en el estadio. Es así que durante esta vida y en el curso de este viaje de mil años que hemos descrito, encontramos felicidad y éxito en nuestra vida”⁶.

Ciertamente, el mito de Lete fue distorsionado por Platón, porque es la puesta en escena del Rey-filósofo que se afirma impropia. Y la razón de esta distorsión consiste en una fusión entre “Mnemosina” y la “Razón” filosófica, así como en el plano de los conceptos (es decir, se observa aquí el despliegue de conceptos agradables tales como la “justicia”, “bien”, “felicidad” y “éxito”) que sobre el plano de una profecía que orienta ahora la iniciación que vuelve a darse ahora de una manera teológica en el plano filosófico. Porque si en la tradición órfica el hecho de engañar a Lete era una cuestión de iniciación a un misterio y un cambio de visión del mundo sobre el plano fáctico, (es decir vegetarianismo místico, vestimenta surgida del mundo vegetal, etc.), la iniciación profética (¿o debemos decir: escatológica?) en Platón es la obra de una “Razón” idealizada en la que la filosofía se vuelve el viaje, “de mil años”, del espíritu (“Mnemosina”) quizá sin cuerpo, si nosotros creemos en ello, o de otra manera con el viejo cuerpo⁷.

Ahora bien, ¿el develamiento de este mito no se resume hoy como la elección entre dos vías, entre dos medios de aproximarse al mundo? La elección entre:

1. La vía de Lete, porque es la vía del individuo, porque todo discurso de una nueva “iniciación” (o de una iniciación cualquiera, incluso sobre el plano ético, filosófico, obligación, deber...) no tiene ningún sentido.
2. La vía de Mnemosina, porque (por suposición) es la vía de la Iniciación ética o filosófica, ver de la Colectividad (es decir, la Nación, el Estado, la civilización, la cultura, etc.). De esa manera hay que actuar para una nueva iniciación más pura ¡porque hemos aprendido más! Pero invertir en la nueva iniciación supone procurarnos (por fin) un deber, una obligación, una ética, una civilización, y así sucesivamente, para que los nuevos “iniciados” nos gobiernen con buen sentido platónico.

Mutatis mutandis, es en la actualidad, en los debates contemporáneos concernientes a esa elección que podemos percibir lo que verdaderamente está en juego. Y también por qué la vía de Lete representa, más allá de la seducción tan embriagante de Mnemosina, la sola y única vía navegable.

⁶ Platón, La République, traducción de Georges Leroux, París, GF-Flammarion, coll. « GF GF-Flammarion » n° 653, 2002, p 522-523 (n° 621b-621d) ; ver igualmente las páginas 517-523.

⁷ De ahí la cuestión concerniente a la “reencarnación” en Platón.

LA INICIACIÓN CONTEMPORÁNEA A UNA “MEMORIA” ÉTICA

Pretender proceder a un inventario exhaustivo de todas las “éticas” buscando imponer su versión de un “deber de memoria” sería sobre todo fútil. Ellas son cantidad. ¡Son ya demasiadas!⁸. Convertido en un síndrome contemporáneo, es fácil observar cómo el tema de un “deber de memoria” esconde tras de sí una cantidad de preocupaciones vivamente divergentes que se resumen en una preocupación aguda en cuanto a la falta, según sus protagonistas, de referencias éticas perceptibles al hombre moderno. Ahora bien, como nuestro objetivo no es lamentarnos sobre las costumbres de un tiempo, ellas son lo que son, a saber, variaciones en “gris”; es necesario más que todo examinar cómo se hace la exigencia de tal “deber”. Privilegiamos la versión del quebequés Emmanuel Kattan en la medida en que incluso ella se presenta como una síntesis filosófica que resume una pluralidad de estas “éticas”.

De hecho, para construir una “fundación” filosófica de su empresa Kattan nos presenta tres afirmaciones⁹. La primera pretende que:

“Nuestra existencia no está simplemente circunscrita por los momentos del nacimiento y de la muerte, sino que ella se extiende, más acá y más allá de nuestra vivencia, a la experiencia de los hombres a los cuales estamos ligados por una historia, una cultura y una identidad comunes. La deuda que sentimos respecto a nuestro pasado hace manifiesto una preocupación de integridad: al esforzarnos en anclar nuestra vida en un pasado colectivo aspiramos a asumir nuestra existencia en su integralidad”¹⁰.

Ahora bien, ¿esta afirmación no es acaso enteramente falsa? Pues “nuestra existencia”, como, cada individuo lo sabe y expresa, se desarrolla siempre entre nuestra concepción biológica y nuestro fin en tanto que entidad biológica. El autor, pretendiendo construir y construyendo un “lazo” supra-individual con la historia, con la cultura, en tanto que una “identidad común” se impone metafísicamente al individuo, engaña. En realidad no le interesa mayor cosa que el individuo puede hacerse apreciaciones social, histórica y culturalmente situadas, en grados variables, de esos “hechos” (históricos, políticos, etc.) y del rol relativo que él puede acordar a y jugar. Lo que por supuesto puede obrar por un

⁹ Emmanuel Kattan, *Penser le devoir de memoire*. Paris, Presses universitaires de France, colección « Questions d'éthique », 2002, p 123-124. Resaltamos que el autor se inspira aquí impropriamente y en el «substantializando» de San Agustín (Confesiones, X, VIII, 14). Ver igualmente el informe sobre este libro (con participación de Jean-Philippe Warren, Jacques Beauchemin, Anouk Bélanger, Julien Bauer, et con respuesta de E. Kattan) en la revista *Argument. Politique, société et histoire*, Québec, vol. 5, n°2, primavera-verano 2003, p 143-175.

¹⁰ Emmanuel Kattan. *Penser le devoir de memoire*. Op cit, p 123.

distanciamiento que podría, etapa tras etapa, volverse cada vez más reflexiva. Al introducir categorías tales como “deber” y preocupación de “integridad” el autor no hace sino un truco de magia. Él busca, ilegítimamente proyectar ese “deber” sobre el individuo buscando confirmar la integridad en el pasado colectivo. Lo que es ciertamente una posición “religiosa”, legítima, pero también una posición política problemática y sesgada.

Al rechazar todo “sentido común” al individuo el autor logra siempre ilegítimamente desviar el sentido de “memoria” en beneficio del “pasado colectivo”. Ahora bien, sostengamos contra el autor que toda “memoria” permanece personal, individual, “sicológica”, y ligada a nuestra capacidad (ante todo lingüística) de convertirla en palabras. En síntesis el problema de la “memoria” no tiene sentido sino para el individuo, no se comparte jamás como tal (lo que no impide que podamos comunicar sentimientos, apreciaciones) y existen tantas “memorias” cuantos individuos en la tierra. Todos entonces con “memorias específicas”. En ese sentido, tenemos la “memoria” de nuestros padres, de nuestra familia, de la escuela primaria o secundaria, de nuestros amigos de infancia, de las vacaciones en la playa, el primer gran amor, de nosotros.

Nosotros tenemos tantas memorias que somos, en una cierta medida, identificables sobre el plano individual. Las “memorias” individuales son “nosotros”, tal como nosotros salimos de la vida que hemos llevado y las “memorias” que ello nos ha dejado. A nuestros propios riesgos, por cierto, puesto que todas nuestras “memorias” no son necesariamente felices. Ellas están atravesadas por traiciones, por puñaladas por la espalda, por infamias padecidas, *incomprensiones que no sanan jamás*. Las “memorias” nos persiguen como la sobre sigue al hombre para recordarle constantemente al individuo su “historia”, sus experiencias, sus heridas.

Es por cierto en relación con esas “memorias” que cada individuo puede él mismo hacer movilizándolas, su propia ética o “moral”. Es incluso magnífico pues eso significa que el individuo puede aprender que él es capaz de sacar lecciones de sus actos y que él sabe, en principio, distinguir el bien y el mal para él y en sus interacciones con otros. Pero allí se detiene igualmente en consecuencia el sentido racional de esa “memoria” sobre la cuestión de la ética o la moral. Esas precisiones nos recuerdan simplemente que no hay siempre “memoria” en el plano colectivo o supraindividual. Existe simplemente un abismo infranqueable entre nuestras memorias y la imposición de una memoria que no es una. Y cuando nosotros utilizamos, por ejemplo, la noción de “memoria de la nación” para caracterizar nuestros archivos nacionales, nuestras bibliotecas nacionales o incluso los museos, la cuestión de “memoria” no es otra cosa que una metáfora o una abstracción. Cuando un autor impone la palabra “memoria” para sugerir una “historia, una cultura y una identidad comunes” él se equivoca pues tal cosa no existe simplemente en el plano

de la memoria y nosotros debemos siempre rechazarlo, salvo en el caso de que nuestro juzgamiento democrático lo afirme. Pero en ese momento nosotros estamos obviamente por fuera de todo “deber de memoria”.

Ahora bien, ese paradigma de una “memoria” que no es una sirve en segundo lugar a Kattan para sugerirnos que:

“No nos basta forjar nuestra identidad invirtiendo el presente de nuestros deseos y de nuestros proyectos ni de escoger en el pasado, las figuras o los sucesos a partir de los cuales queremos construir nuestra propia representación de nosotros mismos como individuos autónomos. El cuidado de integridad exige de nosotros que liguemos el conjunto de nuestro pasado a nuestra vida presente, que rechacemos omitir de nuestra historia los episodios más oscuros, los momentos que nos parecen afectan la imagen que nosotros queremos proyectar de nosotros mismos. En tanto que aspiramos a estar enteros, debemos reconocernos todo lo que constituye nuestro pasado”¹¹.

Incluso al contrario, de lo que pretende aquí el autor, nosotros tenemos todo interés en privilegiar la integridad de nuestra “autonomía” respecto de la imposición de una heteronimia debida al pasado o a la “memoria”. Nada nos condena a una corta visión para retomar los términos de Kattan que liguemos el conjunto de nuestro pasado a la vida presente en el plano de una “ética de memoria”. Nada nos condena a una vista que exige, par tomar las palabras de Kattan, “que liguemos el conjunto de nuestro pasado a nuestra vida presente” sobre el plano de una “ética de la memoria” que se nos impone como el contrario de un juicio reflexivo. Los “fantasmas del pasado”, que no son los nuestros, se prestan mal o más bien no se prestan en absoluto, a tal dialéctica hegeliana de “vínculo” que nos propone el autor.

En efecto, en la voluntad de construir un nueva “atadura narrativa con el pasado”¹² los defensores del “deber de memoria” (y entre ellos el primero es Kattan) construyen una culpabilidad ética para los actos, las omisiones, etc., en los que el individuo no ha participado, y que incluso ni siquiera imagina tener que ver y que le son en efecto extraños. La consecuencia es que el “pasado”, o como aquellos lo llaman “memoria”, se supone que “hace parte de mi herencia, porque yo me reconozco a mí mismo en el destino colectivo que él contribuye a moldear, que yo considero importante conservar en la memoria”¹³. ¡De una falsa “memoria” seremos entonces culpables de una herencia no consentida, no querida que se nos impone! Pero toda herencia ¿no puede ser igualmente rechazada por referencia a nuestra “integridad”? No es más bien en el rechazo democrático de un

¹¹ Ibidem, p 123, 124.

¹² Ibid., p 122.

¹³ Ibid., p 123.

pasado desdichado, de una “memoria” asesina o discriminatoria, que podemos, por el contrario, tomar en cuenta, todos unidos, las enseñanzas de una historia que ha tomado un mal camino.

Ahora bien, el desarrollo de esta forma particular de razonamiento se muestra de una manera esclarecedora en la tercera proposición de Kattan concerniente a su “ética”:

“El horizonte que aparece entonces es aquel de una recuento completo, de una continuidad narrativa a través de la cual se despliega el esfuerzo de constitución de sí de un individuo o de una colectividad. El rol de la memoria no se limita entonces a la conservación o a la transmisión del pasado; él concierne igualmente a la síntesis de lo vivido, el proceso por el cual un individuo o un grupo se asemeja sobre él mismo y se aprehende en su unidad (...). La memoria no ata únicamente al pasado; ella liga igualmente en una trama única la multiplicidad de los actos y de los proyectos que constituyen la existencia humana. Ella se revela así como el principio fundamental de la unidad del sujeto”¹⁴.

El principal interés de esta cita es el de revelarnos a dónde el autor quiere finalmente llegar: a una nueva “narración”, o a un nuevo “recuento”, de “fundación” que se impone como carta de adhesión a una nueva Iniciación Ética. Y es en la puesta en órbita de una nueva “narración” que el discurso sobre el “deber de memoria” deviene significante como teología laica invertida, es decir, como placebo de circunstancia.

El énfasis que el autor hace del “recuento completo”, esto es, sobre la nueva “continuidad narrativa”, sino sobre una “iniciación” narrativa proyectada antes como “síntesis de lo vivido” tanto para el individuo como para la colectividad (la nación, el Estado, la comunidad, etc.) confirma el lado teológico de su ética. Finalizados los diferentes micro-recuentos del hombre o simplemente del mundo vivido, el mundo que vivimos inter-subjetivamente, es necesario, como lo sugiere Kattan, alguna cosa más sólida, la “profundización” y el “fundamento”. Como en el caso de los órficos, nuestro protagonista clama que simplemente es necesario tomarse en carga éticamente y eliminar todo aquello que pueda aportar prejuicios a este “deber”. De ahí que la nueva iniciación asimilada al “esfuerzo por el cual un individuo o un grupo se recoge en su historia para elaborar de ello la unidad”¹⁵. La unidad del individuo, obviamente, con una narración de saludo teniendo como fin ¡lograr reconciliar al hombre y sus pecados!

¹⁴ Ibid., p 124.

¹⁵ Ibid., p 123.

Ahora bien, el testimonio religioso que constituye la Biblia, por la tradición cristiana, ha sido celebrado, sustancialmente, como la “memoria”. Recordemos que la Biblia (de los cristianos) es un libro que testimonia experiencias de los hombres con el Dios único que no se revela jamás –el Dios que permanece siempre oculto. Todos los profetas, incluyendo en ellos a Jesús, utilizan sus propias palabras para relatar sus experiencias con Dios. El monoteísmo judeo-cristiano es una creencia en Dios único, y también la Torah de la Biblia testimonia sobre la manera en que esta creencia ha sido vivida por hombres y mujeres. Incluso si utilizamos el término “revelación” para calificar estos textos, conviene resaltar que Dios, en la revelación judeo-cristiana no escribe él los textos. Y, si la Biblia ha sido escrita de una vez por todas, las “memorias” y los “testimonios” de la fe siempre se agregan sin embargo como una nueva Biblia que se escribe todos los días y por miles de miles de hombres y de mujeres sobre la tierra. Ahora, si esta forma de conjugar, ayudada históricamente por los aportes surgidos de la filosofía helénica, el “testimonio” y una “memoria” (sustanciada en y por la fe cristiana) tiene sentido sobre el plano teológico, ¿qué queda de ello si todo esto se autonomiza como teológico-político del “deber” en Kattan? El sentido religioso de una memoria herida, lastimada y a toda prueba, como nos la ha legado a la vez el cristianismo y el judaísmo, ¿debe ser laicizada, en un sentido o en otro, como una “obligación de memoria”? ¿Debe, como placebo de circunstancias, como una “iniciación” ética que se sublima en una nueva narración de los “orígenes”, ser acogida ahora como religión laica? Independientemente de la respuesta que cada uno se arriesgara a dar, se tiene sin embargo que la confusión de género siempre es igualmente una confusión de espíritu.

Miremos ahora esto que venimos de constatar río abajo. Porque si no existen muchas buenas razones para tomarse a pecho cualquier “deber de memoria”, no es menos cierto que la “preocupación” (para hablar en términos de Kierkegard) de los “crímenes del pasado”, de las historias plenas de odios de y discriminaciones sufridas, de injusticias y de supremacías nacionales, étnicas, religiosas, que vuelven la vida intolerable para millones...necesita una respuesta. Pero una respuesta moderna y democrática que podemos ahora abordar en toda su complejidad.

3. LA DEMOCRACIA Y LA COPA DE LETE

¡Y ahora la democracia! Simplemente la democracia presenta una vía diferente, antitética y opuesta, a la nueva iniciación, es decir al “deber de memoria”. En consecuencia conviene examinarla sobre dos ejes, a saber en primer lugar en cuanto a la tesis que pretende que sea por la “publicidad” que se forje nuestra apreciación de todo pasado, y en segundo lugar, que es por procesos democráti-

cos que evaluamos y elegimos construir museos, monumentos o simplemente la “instrucción” pública y las legislaciones apropiadas. Como la cuestión de la “publicidad” es la que siempre e irremediabilmente se tiene como la más importante, comenzaremos por ella.

Tengamos presente que es por la publicidad que debemos, en tanto que individuos, tomar posición en relación con el pasado. Y aquí nosotros compartimos una sensibilidad común con todos los partidarios de un “deber de memoria” frente a los testimonios de las víctimas de atrocidades, masacres, discriminaciones, etc.. Simplemente es indispensable hacer resurgir tales “testimonios” (o simplemente las narraciones de las víctimas) con el fin de esclarecer lo que efectivamente pasó, y esto, con toda su amplitud. Evidentemente se constata que en sociedades “cerradas” es imposible publicar testimonios de esta índole, o simplemente que los testimonios son indebidamente neutralizados por el nacionalismo o por la creencia, por ejemplo, en una supremacía religiosa. Turquía y las masacres de armenios (1915 a 1921), o la masacre de griegos, armenios y otros en Esmirna (1921-1922)¹⁶, o incluso la limpieza “religiosa” de 1974 en Chipre podrían servir de ejemplo. O incluso el mundo arabo-musulmán donde precisamente la discriminación sistemática en relación con los “otros” ampliamente se ha convertido en un asunto que no se aborda en el interior de un sistema, autoritario y clientelista, de supremacía religiosa bloqueada¹⁷. Para que los “testimonios” puedan tener un efecto, es necesario que la sociedad pueda encargarse por las fuerzas propias de una “publicidad” que se liga únicamente sobre y por la autonomía del individuo. Visto de esta manera, el criterio mismo de una “publicidad” concerniente al pasado no se convertirá en una cuestión de una “verdad” construida como un *a priori* para celebrar, *post malum*, sino como un trabajo de matices, de detalles, de complejidades... en el que solo se trata, al fin de cuentas, de comprender nuestra sociedad y sobre todo las “secuelas” de todo pasado que no se ha podido reconciliar con las exigencias de nuestra modernidad.

Más allá de todo interés legítimo por el pasado, es más importante el asunto de saber las “secuelas” de la historia que nos interesan especialmente. Simplemente porque existe el riesgo que las “secuelas del pasado” nos obsesionen aún y exijan, en cuanto tales, repensar la respuesta de nuestra modernidad jurídica y política puesto que hay, en este sentido, una diferencia entre memoria de la esclavitud de los negros como la conocemos en las sociedades arabo-musulmanas en África, sobre la península árabe e, incluso, en los Estados Unidos *ante bellum*, y

¹⁶ Cfr. el testimonio de Garabed Hatcherian en 1922 en Dora Sakayan (dir.), *An Armenian Doctor in Turkey. Garabed Hatcherian: My Smyrna Ordeal of 1922*, Montreal, Arod Books, 1997.

¹⁷ Ver Vida Amirmokri, *L’islam et le droits de l’homme. L’islamisme, le droit international et le modernisme islamique*, Quebec, Les Presses de l’Université Laval, coll « Diké », 2004.

la manera en la que las “secuelas” de este período han hipotecado tanto nuestra contemporaneidad como el futuro en estos países tan diferentes. Si una de estas sociedades, a saber los Estados Unidos, ha adquirido, lentamente y con esfuerzo, la capacidad cultural y normativa necesaria para focalizar y para remediar estas “secuelas”, otras sociedades (como Mauritania, Sudán, etc.) han perpetuado la esclavitud, la discriminación, etc., sobre el fondo de un no-reconocimiento oscurantista de la historia de los individuos.

Una “publicidad” que focaliza así las “secuelas” puede también servirnos para sensibilizar relativamente a una sociedad sobre lo que no logra tematizar. La comisión sudafricana “Verdad y reconciliación” puede aquí servirnos de ejemplo¹⁸. El momento difícil de esta comisión no fue el de las revelaciones sobre el apartheid (al final de cuentas la comisión no nos dijo nada que no supiéramos ya), sino los dos días consagrados a los “excesos” del ANC, en los que se revelaron asesinatos, campos de concentración, corrupción, etc. Y se destaca que la Comisión cuidadosamente evitó el hecho de que el sistema de apartheid reposaba sobre la creación de una “élite negra” que podía dirigir la política, la economía, la administración, el sistema militar y de seguridad, etc. La razón de esta “no-memorización” se explica por otra parte por la política sudafricana hoy y por el hecho que esta élite negra se fusionó con los militantes del partido ANC para formar la actual élite nacional en el poder.

Otro ejemplo de “no-memorización” puede ser el actual debate sobre las “lenguas regionales” en Francia donde lo más importante parece ser ocultar cómo generaciones y generaciones de individuos, que no hablaban el dialecto de París, fueron sacrificados, como ciudadanos sin importancia, con el fin de satisfacer un criterio nacionalista.

Visto de esta manera, la cuestión de la “memoria” reúne la reflexión universitaria e intelectual sobre la manera como se puede escribir la historia, el “pasado”. Y nuestro “pasado” reúne igualmente la historia como objeto de controversia, de discusión, de argumentos, etc., en el espacio público y en las sociedades democráticamente abiertas. Recordemos, si hay necesidad de ello, que las palabras de Esquilo que querían que el “saber se adquiriera por el sufrimiento”¹⁹ son mucho más apropiadas hoy que en la antigua Grecia en la que fueron pronunciadas.

¹⁸ Sudáfrica, Comisión de Verdad y Reconciliación (dir.), *Truth and reconciliation Commission of South Africa report/ Truth and Reconciliation Commission*, Cape Town. The Commission, 1998, 5 vol. Cfr. Desmond Tutu, *Il n’y a pas d’avenir sans pardon*, París, Albin Michel, 2000. Recordemos que el señor Tutu era el presidente de la Comisión Verdad y reconciliación. Ver igualmente Sophie Pons, *Apartheid: L’aveu et le pardon*, París, Bayard, 2000, y Richard A. Wilson, *The Politics of Truth and Reconciliation in South Africa : legitimizing the post-apartheid state*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

¹⁹ Esquilo, *Agamenón*, v. 177 (trad. GF Flammarion, 2001, p 114).

Simplemente es necesario darse cuenta que la cuestión de una “memoria” que se dirige a todos jamás puede ser neutra o estar por encima del conflicto. Y si ella no debe ser ya el privilegio “ético” de nuestros “elegidos”, se desprende de ello que el rol de una “publicidad” sin límite, sin tabú, sin “supremacía” de cualquier orden que sea, no puede ser sino la consecuencia necesaria, saludable e indispensable para abordar la cuestión del “pasado” y las secuelas de un desafortunado pasado.

Es únicamente después de la eventual constatación de que esta “publicidad” funciona que podemos arribar a la cuestión de la selección democrática de nuestros museos, monumentos, o simplemente de las enseñanzas (en las que incluimos nuestras legislaciones y tratados internacionales). Nos arriesgamos a afirmar que en ausencia de publicidad democrática toda “enseñanza” concerniente a la “memoria” no pertenece sino a la discreción de la autonomía individual.

¿De hecho, qué entendemos por la noción de “democracia”? Admitimos que podríamos fácilmente correlacionar esta noción con otras nociones como las de representatividad, libre elección, de “rendir cuenta” (*accountability*), participación de poder, de regla del juego democrático, del respeto y del rol reconocido a la oposición, y así sucesivamente. Todos estos conceptos sin embargo no tienen casi importancia sin no están comprendidos por aquello que legitima la democracia, a saber el demócrata o, más específicamente, los procesos democráticos que están al servicio de la autonomía de estos demócratas. De esta manera, la democracia no debe ser comprendida como la majestad de las “instituciones”, sino más bien por la realidad que surge de un número incalculable de procesos democráticos que los ciudadanos movilizan para asegurar el carácter democrático de sus “instituciones”. Vista de esta forma, la democracia comienza “desde abajo” en los individuos, en los ciudadanos o los sujetos de derecho, y se concreta como una obra titánica, hercúlea o de Sisifo, de asegurar que la democracia asciende. Ciertamente, con los resultados mitigados que todo el mundo conoce, pero siempre, al fin de cuentas, como un proceso sometido a los ciudadanos de suerte que les corresponde a ellos decidir, seleccionar todo lo que debe contar para ellos. Y eso es así, se deduce que no existen de ninguna manera obligaciones, deberes, éticas de “memoria” u otras construcciones heterogéneas.

Tal como nosotros lo concebimos, los procesos democráticos forman el lugar donde se estructuran tanto la voluntad democrática así como las enseñanzas que sostienen a esta última y que la hacen florecer. Afirmamos que el rol propiamente dicho de la democracia es el de enterrar el “pasado” en beneficio de una modernidad jurídica y política que se prepara en el presente para hacerlo mejor y que aspira a un futuro buscando no repetir las locuras de antaño. La democracia en este sentido no es solo una forma de comprender “nuestras culpas”, nuestras arrogancias (*hybreis*), etc, sino la necesidad de una lete para vislumbrar un mundo diferente.

La democracia es una manera de olvidar y de poner fin a un pasado (“memoria”), de la misma manera que un seguro para evitar repetir los errores e inhumanidades de “otro tiempo”. Eligiendo abierta y democráticamente las “enseñanzas” políticas que nos deja el pasado, está bien que bebamos en la copa de Lete. Pues los muertos no se levantan, las niñas violadas evidentemente no volverán a ser “vírgenes”, las ciudades reducidas a cenizas no recuperarán su antiguo esplendor, y sobre las fosas comunes, siempre brota la hierba. Ahora bien, la democracia nos permite focalizarnos abiertamente, sin tabú, en el pasado para sacar la enseñanza que él nos deja, descartando totalmente la lamentable lógica del amigo y del enemigo³⁰, para reunir al ciudadano como un cuestionamiento que le concierne como hombre o mujer en una sociedad que aspira a la modernidad jurídica y política. ¿La democracia, de hecho, no es el mejor remedio contra la barbarie, la discriminación, la desigualdad, supremacía religiosa u otras locuras que desfiguran nuestro planeta azul?

Estas lecciones que se pueden sacar del pasado pueden ahora concretarse en dos vías:

1. En primer lugar una política democrática concerniente al pasado, los crímenes sufridos, las humillaciones, las intolerancias, etc. Es necesario no olvidar jamás como las “injusticias” de antaño hipotecarán el avenir, o cómo las secuelas históricas perduran en nuestras sociedades. Para honrar la exigencia democrática de los individuos, siempre e irreductiblemente igual en su autonomía, es necesario contar con la publicidad para seleccionar la “lección” pública. Para después volver consciente, tanto como sea posible, esta lección en los espíritus demócratas.
2. En segundo lugar, la enseñanza en cuestión debe concretizarse en una legislación, generalmente penal o incluso simbólica, relativa al pasado. Los criminales, los asesinos, los violadores, los opresores, merecen su juzgamiento y ellos deben ser punidos en un proceso criminal público y equilibrado. Y las víctimas deben poder exigir las reparaciones.

Todo esto tiene sentido solo por dos o tres generaciones porque el tiempo siempre hace lo suyo. ¿Quién, por ejemplo, aún y verdaderamente se escandaliza por los crímenes contra la humanidad de Napoleón Bonaparte? De ahí precisamente la importancia de la cuestión de “publicidad” y de las lecciones que se pueden extraer democráticamente. Porque, frente a la conminación al “deber de memoria”, falseando lo que está en juego por orgullo o por ignorancia, mejor

³⁰ Ver Bjarne Melkevik, *Pour en finir avec Carl Schmitt – Habermas devant le hobbisme juridico-politique*, conferencia del 6 de mayo de 1998 en el coloquio « Filosofías de los derechos democráticos », Universidad Laval; por publicar.

conviene hacer del olvido, de la lete, una parte de nuestro universo político para precisamente conservar la flama de la llamada “publicidad” y de las lecciones públicas. Sabiendo por qué bebemos, ineluctablemente, de la copa de Lete, nos afirmamos como seres vivientes, como sujetos de derechos, como ciudadanos, y afirmando la necesidad de una publicidad democrática y de procesos democráticos podremos oponernos a la locura de los hombres y asumir un futuro que no será únicamente la repetición de la soberbia (*hybris*, en griego) del pasado.

LA PALABRA FINAL: EL HOMENAJE A LETE

Demos previamente la palabra a Baudelaire, a esas palabras tan resonantes y bellas que han sido liberadas en su magnífico poema “La Léthé” (El Leteo):

“Ven sobre mi corazón, alma sorda y cruel,
Tigre adorado, monstruo de aires indolentes:
Quiero hundir mis temblorosos dedos
En la espesura de tu densa cabellera.

En tu regazo perfumado
Amortajar quiero mi cabeza adolorida,
Y respirar como una flor marchita
El dulce hedor de mi amor difunto.

¡Quiero dormir! ¡Dormir más que vivir!
Y en un sueño tan dulce como la muerte,
Te cubriré de besos sin remordimiento
Sobre tu bello cuerpo pulido como el cobre.

Para disipar mis frágiles sollozos
Nada me vale como el abismo de tu lecho,
El poderoso olvido habita en tu boca,
Y de tus besos brota el Leteo.

A mi destino, desde ahora mi delicia,
Obedeceré como un predestinado
Dócil mártir, inocente condenado,
A quien el fervor el suplicio atiza,

Beberé, para ahogar mi rencor,
El filtro mágico, la buena cicuta
Envasado en este encantador y agudo seno
Que jamás ha albergado un corazón”.

¡Es bello! ¡Es mágico y embriagante! Baudelaire es el hombre de la “Noche”, como Lete es por toda la eternidad su pequeña hija. Notemos cómo Baudelaire apela a nuestro sentido estético, o mejor aun, a un erotismo que nos invita a perdernos en cuerpo y alma, o simplemente a borrar los dos, en los brazos del amor, o sobre todo, más explícitamente, en una sexualidad extasiada. Más allá de eso estamos de retorno al universo órfico y si la invitación de danzar con Dionisio siempre está presente, es para perderse en una “lete” de encantamiento y de éxtasis.

Pero ¿cuál es la relación entre este poema y nuestra problemática? La respuesta es simplemente: “el individuo”. Porque la lete democrática siempre tiene en consideración antes que todo a los individuos, de carne y hueso, que se comprometen, que pretenden saber y comprender, que hacen la apuesta a favor de una modernidad política y jurídica. Hombres y mujeres que buscan construir una comunidad, una sociedad a su medida, para todos, sin discriminación, y se regocijan de un horizonte jurídico estable como cultura y civilización. Es sobre ellos que es necesario dirigir nuestros esfuerzos, nuestros compromisos y nuestras esperanzas. Es simplemente por su dinamismo que se desarrollan las lecciones democráticas concernientes a todo pasado desdichado. Y, al final de cuentas, son solo ellos los que pueden representar el muro de contención y de “no” contra la lamentable tendencia tan humana de repetir los errores del pasado. En este sentido, los procesos democráticos nos proporcionan la energía, la esperanza, la información y un horizonte que no se puede sobrepasar sin lo cual sería imposible poner a prueba la soberbia (*hybris*) humana.